

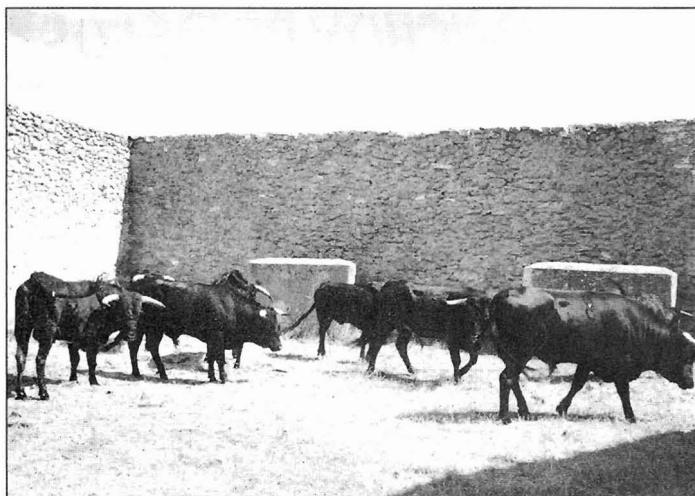
ciad una corrida de toros por los más afamados diestros y con toros de la más renombrada ganadería; pero con los cuernos cortados o embolados, y no irá nadie.

Por eso, los que hemos presenciado el antiguo encierro de toros en Maranchón, no olvidaremos nunca aquél enardecimiento del ánimo, al que no era posible sustraerse, aquél desbordamiento de entusiasmo, aquella animación, aquella alegría y aquél regocijo general tan unido a la devoción de la Virgen, que llegaba a considerarse como cosa sagrada, hasta creer algunos de sus más fervientes devotos, fuese imposible honrar a Nuestra Señora de los Olmos sin aquél peculiar y clásico encierro.

Ya en la Plaza, el espectáculo era menos atrayente, después de los primeros momentos llamados de prueba, en los que se veía la mayor o menor acometividad de la res y algún que otro lance de capa o par de banderillas de los aspirantes a toreros o *maletas*, con grave exposición de su vida, lo demás hay que reconocer ingenuamente que no podía gustar a nadie, especialmente la muerte de los toros.

Y llegó el momento en que los habitantes de esta noble villa se dieron cuenta de que se hacía imposible la continuación de las *capeas*. Y antes que desapareciese lo típico de la fiesta, lo que constituía y constituye, no sólo en Maranchón, sino en toda España, el principal atractivo de los festejos, se pensó en continuarlo de la única manera que está legalmente autorizado: construyendo una Plaza de Toros. Esto se llevó a efecto en 1915 por suscripción popular, nombrándose una comisión constructora que planeó una Plaza de mayor coste que lo recaudado en la suscripción, encargándose el Municipio, no de terminarla, que todavía no lo está, pero sí de dejarla en condiciones de celebrar las corridas.

Desde aquella fecha se han dado dos novilladas anuales en los días 8 y 9 de septiembre, algunas extraordinarias y varias becerradas que han servido para demos-



trar sigue latente la afición a los toros de los habitantes de esta villa. Por su ruedo han pasado los más renombrados novilleros de la época, algunos de los cuales han llegado a ser toreros afamados.

Su construcción es de mampostería muy sólida, con tres espaciosos corrales y seis chiqueros en inmejorables condiciones. El anillo es grande, como para plaza mayor, y las gradas, palcos y tendidos tienen capacidad para unos 2.000 espectadores. Tiene enfermería amplia con buena luz y ventilación, y en los días de corrida se la dota de instrumental quirúrgico y medicamentos como pueda estar una plaza importante.

Hay que hacer constar, en honor de los habitantes de esta villa, que a pesar de no haber disminuido su afición a los toros y ser tan reciente la costumbre de las *capeas*, su comportamiento en la Plaza no deja nada que desear, pues jamás han alterado el orden; ni se han permitido bajar al redondel, ni molestar a los lidiadores, protestando únicamente de sus malas faenas con voces o silbidos seguramente más moderados que en Plazas de renombre.

No terminaré sin dar las gracias al digno Ayuntamiento que me ha honrado con el inmerecido encargo de llenar unas cuartillas para el programa de las fiestas; pero que falto de iniciativa para tratar de asunto más importante, lo que seguramente quedará para mis compañeros colaboradores en el Programa, no molesto más la atención de los lectores, que verán mi escasez de adornos literarios, suplidos únicamente por la buena voluntad y sobre todo por la veracidad de lo expuesto, por ser uno de los recuerdos imborrables de mi vida en esta villa, como lo será para la mayoría de los habitantes mayores de 20 años.

Emilio Martínez.

(Farmacéutico titular de Maranchón y Subdelegado de Farmacia del Distrito de Molina)  
Maranchón y Agosto 1929

